

Corriente Antidemocratizadora

El ajo y los Vampiros

POR LORENZO MEYER

USTE ha sido un año de buena lluvia, por lo menos acá en el centro del país, sin embargo a nadie le ha llovido tanto en su milpita como a la llamada "corriente democrática" del PRI, particularmente a dos de sus cabezas visibles: a don Porfirio y a don Cuauhtémoc.

Yo no soy miembro del gran partido, pero dado que es éste el que ha gobernado a México desde antes de que yo naciera, y dado que tiene toda la intención de seguirlo haciendo hasta que me muera, no me queda más que aceptar que todo lo que pasa en el PRI me afecta —directa o indirectamente— y por tanto no me puede ser ajeno.

★

ES natural que un partido político busque mantener la disciplina interna, pues no hay duda que a mayor unidad mayor fortaleza. En la realidad, poco o ningún partido político son monolíticos. Aquellos partidos con vocación totalitaria de tarde en tarde recurren a purgas —incluso violentas— para mantener la unidad a toda costa. El resto, los no totalitarios, se tienen que contentar con seguir adelante manteniendo en su interior una convivencia más o menos difícil entre dos o más corrientes. Así pues, si el PRI no tiene una esencia totalitaria, el hecho de que dentro de él se manifieste una diversidad de corrientes y opiniones no debería de alarmar a sus altos dirigentes. Al contrario, hoy que tantos sospechamos de la sinceridad de sus pronunciamientos democráticos, el hecho de tener y mostrar una pluralidad activa en su seno —como la hubo antes— debería ser tomado como algo positivo, como

una prueba objetiva frente a propios y extraños de que en el PRI existe la tolerancia, la vocación pluralista y el gusto por el libre debate de las ideas.

Desafortunadamente, el PRI parece decidido a dejar pasar esta gran oportunidad a cambio de recuperar la unanimidad a la que lo tiene acostumbrado el presidencialismo. Es una lástima. Las tronantes críticas de las últimas sema-

nas expresadas por funcionarios del PRI, legisladores, gobernadores, candidatos a gobernador, subsecretarios, líderes sindicales, etcétera, en contra de don Porfirio Muñoz Ledo y compañía, parecieran ser los prolegómenos de una especie de "noche de los cuchillos largos" pero incruenta —al menos eso esperamos— que devolverá la unidad al PRI a través de la eliminación —por expulsión o silencio— de la más débil corriente autocrítica.

La ferocidad del ataque desatado desde principios de noviembre en contra de la "crítica desde dentro" nos lleva a sospechar que las altas autoridades del PRI decidieron oponer a la balbuceante "corriente democratizadora" una vociferante corriente antidemocratizadora. Esto muestra que para el PRI el pluralismo interno es como la luz del sol (o, si se quiere ser menos duro, como el ajo) para Drácula. Pero, por otro lado, la campaña antiporfirica también mostró que el tradicional sentido del humor de los priistas sigue vivo aún en medio de la tormenta. Así, por ejemplo, no faltó el crítico de los críticos que asegurara que nuestro sistema político ya había superado la etapa de una simple democracia política como la de Estados Unidos para entrar de lleno en la etapa superior de la democracia social (quien esto dijo seguramente lo hizo de buena fe, es decir sin antes haber consultado las cifras disponibles sobre la distribución del ingreso en México).

POR su parte, un candidato a gobernador dijo, en medio del tronar de la artillería pesada del PRI batiendo las débiles posiciones de Muñoz Ledo, que las propuestas de la "corriente democrática" no habían alterado "ni tantito así" la tranquila vida interna del gran partido, en donde "la democracia es práctica diaria". Un alto funcionario les echó en cara a los de la corriente su pequeñez de espíritu al fijarse en las formas y no en el fondo. En fin, como dije, les llovió en su milpita a los "democratizadores", y me temo que para ellos la lluvia va a seguir, pese a que el resto de nosotros entremos a la época de secas e inversiones térmicas.

No tengo idea de cuál sea el destino final de la

llamada "corriente democrática" del PRI. Tampoco puedo meter la mano en el fuego por la autenticidad de las convicciones democráticas de quienes hoy la encabezan ni apoyar sus tácticas. Lo que sí creo posible señalar es que su mera existencia tiene más lados buenos que malos y que es una prueba innega-

ble del signo de los tiempos. La crisis económica es ya también una crisis política. Esta crisis económico-política y la estrategia de reconversión industrial han llevado a que se debiliten las antiguas alianzas entre la clase política y los grupos sociales. Hoy esa clase política se encuentra alejada de los grandes empresarios a los que el proteccionismo gubernamental dio vida, sustento y enormes ganancias. Los trabajadores organizados resienten esa terrible baja del 40% en el poder adquisitivo de sus salarios de 1982 a la fecha. La clase media está francamente desesperada ante la pérdida tanto de su nivel de vida como

de su confianza en sí misma y en el futuro. En los márgenes del sistema social se arremolinan millones de jóvenes para los que no hay empleo ni la esperanza de que lo habrá en el futuro inmediato.

En fin, la clase política está hoy muy sola. Creo que por un buen tiempo puede seguir gobernando en la soledad, pero al final de este camino llegará inevitablemente a un callejón sin salida, sin futuro.

Una manera de recuperar la confianza entre gobernantes y gobernados es precisamente la de abrir el sistema político mexicano a las formas democráticas de gobierno. En este sentido, la andanada de

autoritarismo con que se ha querido ahogar en estos días a la "corriente democrática" es un mal presagio. Igualmente lo fueron el caso de Chihuahua y el de Juchitán. Se podrán cambiar mil veces las leyes y procedimientos electorales, pero mientras no exista la voluntad de ser democráticos, de tolerar a la disidencia, de considerar dignos de respeto a quienes no piensen como uno, mientras esto no ocurra, digo, el viejo autoritarismo mexicano seguirá ganando la partida.